

Quisiera insistir, para evitar malas interpretaciones, en el hecho de que mi desacuerdo con Garegnani se limita al problema de la reconstrucción de la teoría del valor de Marx. El objetivo de mi libro consiste en tratar de demostrar "que las proposiciones centrales de *El capital* conservan su sentido aun cuando se prescindiera de su formulación en términos de valor trabajo, ya que su validez no depende de la validez de la teoría del valor trabajo" (p. 12). Además, no me parece haber usado nunca el término "crisis" al hablar de las dificultades que presentan algunos aspectos de la teoría de Marx; en cuanto a una opinión en contrario, aun cuando no se base en mis afirmaciones, véase el párrafo 12 del artículo de Garegnani.

[“El principio del valor-trabajo”, en *Rinascita*, núm. 17, 28 de abril de 1978.]

ELMAR ALTVATER
JURGEN HOFFMANN
WILLI SEMMLER

EL VALOR DE MARX

1. Desde sus orígenes, la teoría de Marx sobre el valor ha sido objeto de violentas impugnaciones. Valdría la pena analizar, en una forma menos esporádica de lo que se ha hecho en el pasado, la valencia política de las controversias que han surgido cíclicamente entre marxistas y economistas burgueses, entre científicos de orientación filosófica y sostenedores del análisis meramente cuantitativo, así como entre las distintas corrientes en que se ha ido diversificando el mismo marxismo. La interpretación neorricardiana de la teoría de Marx sobre el valor, expuesta originalmente por Piero Sraffa y replanteada últimamente por Pierangelo Garegnani en *Rinascita*, se presta muy bien para un análisis de esta naturaleza. La interpretación neorricardiana reducida esquemáticamente a lo que, en nuestra opinión, constituye el meollo político, permite romper el vínculo producción-distribución y considerar el proceso de crecimiento del sistema capitalista como si estuviera determinado por el desarrollo del salario o por el desarrollo de la ganancia, considerados como si los ligara una relación de antagonismo recíproco.

“El salario es político”, parece decir la tesis que como un hilo rojo recorre gran parte del debate político-económico de los últimos años, desde la hipótesis obrerista (ya pasada de moda) del ataque obrero a la ganancia, pasando por la reducción de la crisis del capitalismo inglés a la “profit squeeze” de Glyn y Sutcliffe, hasta llegar a las discusiones más recientes en torno al costo del trabajo y a sus causas, que culminan con la controversia entre Napoleoni y Spaventa en el diario *La Repubblica* y con las polémicas suscitadas por las tesis de Modigliani.

El artículo de Garegnani, mencionado anteriormente, tiene el mérito de haber hecho una lúcida demostración de la importancia que la discusión neorricardiana reviste para la crítica eficaz del marginalismo predominante. Aunque la contribución de Garegnani da la impresión de que la crítica de Sraffa representa una liquidación definitiva de la economía política de Marx y de sus

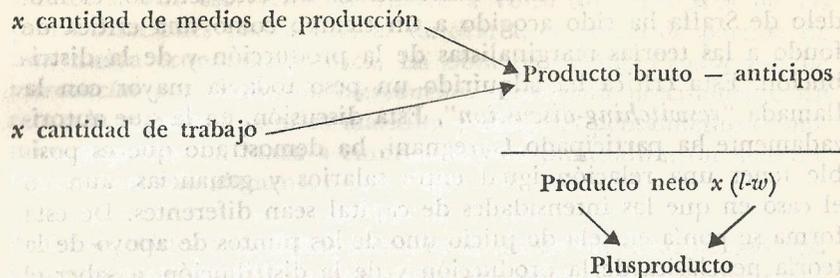
sucesores. Por eso, Ricardo vuelve a constituir, a través de las puntualizaciones metodológicas de Sraffa, el punto de partida de una nueva economía política. La obra de Sraffa, *Producción de mercancías por medio de mercancías*, representa precisamente un reto a la economía política marxista y obliga al pensamiento económico inspirado en Marx a emprender una puntualización metodológica de sus fundamentos...

2. En su crítica a la teoría neoclásica, Sraffa ha desarrollado una teoría del *surplus* social, que a primera vista es muy semejante a la de Marx. A diferencia de la teoría neoclásica predominante de la producción y de la distribución que —partiendo de la teoría de los factores de producción— trabaja con las funciones de producción, de productividad marginal decreciente y con el principio de sustitución, Sraffa desarrolla la teoría referente a un proceso de reproducción multisectorial, en la que las *mercancías* aparecen como *inputs* y *outputs*. Este proceso de reproducción de *mercancías* al que se le atribuyen relaciones fijas de input-output produce un *surplus* social —que Sraffa llama producto neto—, cuya distribución entre salarios y ganancias está determinada en forma *exógena*. Dada una participación de los salarios en el producto neto, determinada de manera exógena, por ejemplo, en virtud del poder de contratación de los sindicatos (o bien, dado el salario real), o dada, por el contrario, la tasa de ganancia, se tendrán, en este sistema, simultáneamente tanto los precios relativos como los valores de cambio de las mercancías. En un proceso de reproducción equilibrada, los valores de cambio de las mercancías, los precios de producción, quedan así determinados por las relaciones de distribución y por los coeficientes técnicos (coeficientes de input-output). Este sistema de precios de producción requiere, sin embargo, un *parámetro invariable de valor*, ya que no sólo los valores de cambio de las mercancías, sino también la mercancía elegida previamente como parámetro, dependen de la distribución del producto neto. Con la determinación exógena de la distribución del producto neto y de los correspondientes valores de cambio de las mercancías, el modelo de Sraffa se libra aparentemente del círculo vicioso en que había caído la teoría neoclásica del capital, según la cual —como lo ha puesto de manifiesto la crítica de la escuela de Cambridge—, para calcular el producto marginal del capital (tasa de interés) será necesaria, por otro lado, la medición de un *stock* de capital homogéneo que, no obstante, presupone, a su vez, el cálculo previo de la tasa de interés. El valor del capital no se puede determinar, pues, independientemente de

la tasa de ganancia y de la distribución. En este sentido, el modelo de Sraffa ha sido acogido a un tiempo como una crítica de fondo a las teorías marginalistas de la producción y de la distribución. Esta crítica ha adquirido un peso todavía mayor con la llamada "*reswitching-discussion*". Esta discusión, en la que autoritadamente ha participado Garegnani, ha demostrado que es posible tener una relación igual entre salarios y ganancias, aun en el caso en que las intensidades de capital sean diferentes. De esta forma se ponía en tela de juicio uno de los puntos de apoyo de la teoría neoclásica de la producción y de la distribución, a saber el vínculo unívoco entre la relación de los precios de los factores (relación salarios-ganancias), la intensidad del capital subordinada unívocamente a la relación entre los precios de los factores y la tasa de crecimiento del output.

El mismo Sraffa presentaba ya una teoría de la producción y distribución del *surplus* (producto neto), como alternativa a la neoclásica dominante y, al mismo tiempo, una "teoría del valor" —como alternativa a la de Marx— que no necesitaba el *trabajo abstracto como sustancia de valor*, sino únicamente unidades físicas (por ejemplo, los coeficientes de input-output) y una *determinada distribución del producto neto*. En el sistema de Sraffa, los valores de cambio, es decir los precios de producción, pueden obtenerse sin necesidad de recurrir al trabajo abstracto. En esto consiste precisamente la "liquidación" de la teoría de Marx sobre el valor, como trata de demostrarlo el reciente libro de Steedman, *Marx after Sraffa* (Londres, 1977). La renuncia a la doctrina del valor no obsta para que en el sistema de Sraffa encuentren cabida —como corolarios de la teoría de las unidades físicas y del salario real dado, o de la participación dada de los salarios— otras teorías de Marx, como las teorías de la explotación, de las tasas de ganancia y de los precios de producción. Tanto más que partiendo del sistema estándar desarrollado por Sraffa, se puede demostrar que los salarios y las ganancias guardan entre sí una relación inversamente proporcional, por lo que también la tasa de explotación y la tasa de interés resultan unidas por una relación directamente antagónica.

3. El mérito de Sraffa consiste ante todo en haber desarrollado una teoría de la producción y distribución del producto neto que se presenta como alternativa a la teoría neoclásica. El modelo de Sraffa se basa en una teoría de la reproducción que puede expresarse simbólicamente con la siguiente fórmula:



Esta fórmula nos dice que los procesos de producción productivos producen, mediante la utilización de medios de producción y de fuerza de trabajo, un producto neto cuya distribución entre salarios y ganancias está determinada *ex post* por las relaciones de fuerza sociales. La ganancia aparece aquí, en primer lugar, como una magnitud residual, si se supone dada la participación de los salarios (w).

La relación antagónica entre capital y trabajo asalariado es arrancada de la esfera de la distribución del producto neto y se expresa directamente (en el sistema estándar) a través de la relación inversamente proporcional entre salarios y tasa de ganancia. Éstas son en síntesis las características del sistema de Sraffa, que, junto con la importancia que tienen para la crítica de la teoría marginalista, son consideradas por la escuela de Cambridge como momentos constitutivos de una nueva corriente de pensamiento económico.

Los supuestos en los que se basa el sistema de Sraffa son: la adopción de coeficientes técnicos fijos y de una reproducción equilibrada. Esto no sólo conduce a la eliminación de los problemas vinculados con la determinación del valor a través del *trabajo socialmente necesario* (ley del valor), sino también a la eliminación de cualquier análisis de la acumulación y del cambio de los coeficientes a través del tiempo. Sin embargo, nos parece decisiva la crítica no tanto de estos supuestos, sino de la *forma* adoptada por el proceso de reproducción capitalista en la teoría de la reproducción de Sraffa y de la escuela de Cambridge (examinada con todo detalle por Willi Semmler en su obra *Zur Theorie der Reproduktion und Akkumulation*, Berlín Occidental, 1977). Esta teoría no parte de la forma históricamente determinada de la reproducción (la reproducción del capital) y de la forma de plusvalor del surplus, sino de relaciones *técnicas*, metahistóricas. En el tratamiento de la producción y reproducción de las mercancías, las relaciones *sociales*, determinadas históricamente, juegan un papel

que queda totalmente dislocado en la esfera de la distribución. En este mismo sentido se orienta la crítica que Rowthorn hace a Sraffa y a los sraffianos al escribir que:

[...] al igual que los neoclásicos, estos teóricos consideran la producción como un proceso metasocial, o natural [...] Según ellos, el capital constituye [...] una relación social únicamente en lo que respecta a la apropiación del producto o, como dicen ellos, a la "distribución del ingreso". Para ellos, todas las relaciones sociales están centradas en el proceso de circulación. El hecho de que el capital organice y decida la producción de mercancías y la producción de plusvalor no tiene para ellos ninguna importancia (Rowthorn, "Marxism and the Capital", *Cse-Bulletin*, 1972).

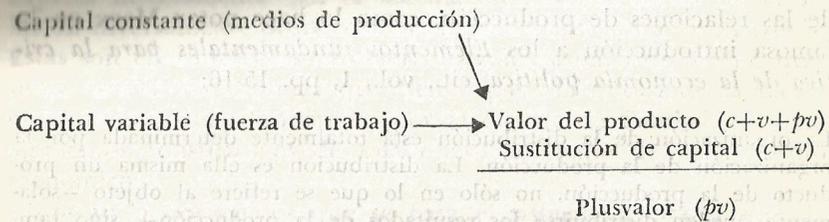
La insuficiencia del sistema de Sraffa radica, por tanto, en la separación entre producción y distribución del producto neto. En esta forma se le asigna a la producción capitalista un objetivo completamente ajeno a su naturaleza: la producción de un producto neto para el consumo que *ex post* aparece como distribuible entre las diversas clases sociales. Es cierto que en la producción capitalista las relaciones de distribución son únicamente el reverso de las relaciones de producción, como lo hace notar Marx en la famosa introducción a los *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, cit., vol., 1, pp. 15-16:

La organización de la distribución está totalmente determinada por la organización de la producción. La distribución es ella misma un producto de la producción, no sólo en lo que se refiere al objeto —solamente pueden distribuirse los resultados de la producción—, sino también en lo que se refiere a la forma, ya que el modo determinado de participación en la producción determina las formas particulares de la distribución [...]

Las relaciones de producción, es decir las formas y los límites dentro de los cuales los agentes de la producción participan en el producto neto, son, por lo tanto, sustancialmente idénticos a las funciones y a las formas en que los agentes participan en la producción. La misma *forma de la producción*, como le objeta Rowthorn a Sraffa, está ya determinada por una relación social —la relación de capital—, que decide el *modo de producir* el surplus. Desde el momento en que no considera al salario como parte del capital que se reproduce (en cuanto capital variable), Sraffa deja de considerar también —o los considera como constantes— los métodos de *producción del surplus* (los métodos de producción del plusvalor absoluto y relativo).

Aunque el motivo más profundo de la insuficiencia de este sistema de reproducción consiste en que Sraffa considera únicamente la reproducción de mercancías y no describe cómo se mediatiza el proceso de reproducción dentro del capitalismo a través de la reproducción del capital, que determina por una parte la forma y los métodos de producción del plusvalor y por otra la forma y los métodos de la circulación y distribución de las mercancías. A nivel de la estructura formal, este error se manifiesta en el hecho de que Sraffa extrapola del sistema de reproducción el fondo de subsistencia de los obreros asalariados, cuya sustitución y renovación están incluidos en la reproducción del capital, definiéndolos como un *producto no-básico*. Sin embargo, en la producción capitalista la reproducción social no sólo comprende tanto la reproducción de los medios de producción y de subsistencia como capital además de la reproducción de las relaciones sociales, sino que también tiene en sí misma otro objetivo: la producción de un plusvalor y un plusproducto.

De acuerdo con su objetivo, la estructura de la producción se puede representar simbólicamente en esta forma:



La producción no tiene como objetivo la producción de un producto neto o de un plusproducto social, sino la producción del plusvalor. La diferencia entre estos dos modos distintos de abordar el problema de la producción y distribución capitalistas consiste sobre todo en que para los neorricardianos el problema principal radica en la distribución, mientras que en Marx se analizan las condiciones de producción del plusvalor (Karl Marx, *El capital*, t. I), antes de discutir las formas y las cantidades de su distribución (Karl Marx, *op. cit.*, t. III). A diferencia de lo que sucede en la obra de Sraffa, en Marx, la sustitución y la conservación del capital anticipado ($c+v$) aparecen como un producto secundario del proceso de reproducción.

En el proceso de reproducción, los trabajadores asalariados producen por sí mismos el fondo de capital que sirve para pagar los

salarios. Si se parte de la reproducción del capital, el *fondo de subsistencia de los asalariados* —como lo ha demostrado también Medio (“Profits and Surplus-Value”, en Hunt-Schwartz, *A Critique of economic Theory*, 1972) [hay edic. en esp.]—, adquiere una importancia central en la medida en que precisamente la desvalorización del fondo de subsistencia ejerce un influjo decisivo en la magnitud del plusvalor producido (plusvalor y plusproducto) y en la tasa de ganancia. El desarrollo de la productividad del trabajo puede reducir el valor del fondo de subsistencia de los asalariados y acrecentar, por este medio, la tasa de explotación (producción de plusvalor relativo). Debe considerarse, pues, el fondo de subsistencia de los asalariados, al igual que los medios de producción, como un *producto básico*. Al considerar, en cambio, el fondo de subsistencia como un *producto no-básico*, Sraffa pierde la capacidad de rastrear el influjo del cambio en la productividad del trabajo (y de los otros medios de producción de plusvalor) sobre la “distribución del producto neto”. Del mismo modo, Sraffa se ve obligado a prescindir del influjo que la productividad del trabajo ejerce sobre las variaciones del valor y de los precios de producción de las mercancías, porque su teoría se basa en un sistema de precios de producción y el efecto de la productividad del trabajo sólo se puede apreciar a través del cambio en los coeficientes técnicos de un sistema de equilibrio. Nos encontramos aquí con lo que también otros críticos consideran como la principal laguna de su “teoría del valor”: Sraffa llega a la homogeneidad de las mercancías y a un parámetro invariante de valor únicamente a través de la construcción de relaciones físicas iguales de input output, que no presuponen la *sustancia del valor* (cantidad de trabajo socialmente necesario) ni el concepto de trabajo abstracto valorizador. De acuerdo con esta teoría, las proporciones de valor de cambio son suficientes para determinar el precio de producción y la tasa de ganancia, y no se necesitan para nada las cantidades de trabajo como *sustancia del valor* de las mercancías y de la ganancia.

La crítica lanzada por Sraffa a la teoría del valor de Marx es retomada y profundizada en el citado libro de Steedman. En él se desarrolla la concepción de que la teoría del valor no sólo es superflua para los fines que se propone la demostración de los axiomas esenciales de la teoría de Marx, sino que conduciría directamente, al tener en cuenta el capital fijo y la doble producción dentro del sistema de reproducción, a aparatosas incongruencias (aparición de ganancias positivas ante la existencia de valores y plusvalores negativos). Sin embargo, son suficientemente claros los

errores en que incurre el propio lazo que une la teoría económica con la teoría de la sociedad.

Ya en el análisis de la mercancía y del parámetro invariante de valor (la mercancía-dinero) Sraffa abandona el *análisis de la forma*, que constituye la contribución específica de Marx con relación a Ricardo. En la teoría de Marx, los valores de cambio y el dinero sólo son formas distintas del valor, que se basa en el trabajo abstracto como sustancia de valor. Desde el momento en que en una sociedad productora de mercancías el valor deja de ser directamente social, el valor de las mercancías no puede reflejarse de una manera directamente sensible, por lo que el valor de cada una de las mercancías debe expresarse a través de los valores de uso de otras mercancías. El equivalente universal se convierte, en el intercambio, en la mercancía-dinero, de modo que desaparece el "valor trabajo" como erogación mensurable de tiempo de trabajo humano y deja de constituir una característica que determina los valores de cambio, cediéndole a una cosa —por ejemplo, al oro como mercancía dinero— la tarea de representar el valor. Marx analiza otras transformaciones cualitativas dentro de la esfera de la transformación del dinero en capital y del trabajo en trabajo asalariado. En la subsumción formal y real del trabajo al capital, se mistifica hasta la propia relación de explotación: el trabajador recibe aparentemente la justa retribución de cada hora de trabajo, y la ganancia aparece como nacida del capital. La gran contribución de Marx consiste precisamente en no haberse limitado a oponerle a esta apariencia subvertida de la sociedad burguesa la teoría de la explotación y en haber reducido la *necesidad* de esta mistificación y de las correspondientes formas de falsa conciencia a la *forma* en que se realiza la explotación dentro de las relaciones capitalistas de producción. El valor no puede aparecer como tal y *debe* transformarse en precios, mientras que el plusvalor *debe* necesariamente transformarse en ganancia. Éste es el meollo principal del *problema de la transformación*. Es cierto que hasta ahora no se ha encontrado una solución clara y lineal del problema *cuantitativo* de la transformación de los valores en precios de producción; pero esto no es un motivo suficiente para rechazar en bloque como superflua la teoría del valor, ya que sólo en base a la teoría del valor es como se puede cumplir el objetivo principal (tal como lo veía Marx) de la crítica de la economía política: deducir de la *forma* del modo de producción dominante la misma apariencia apologética y las distintas formas de conciencia.

Resumiendo, se puede decir pues que el problema principal de Marx no consiste tanto en la teoría de la explotación, como en la

cuestión del modo invertido en que se le presenta la explotación a la conciencia normal. De la misma forma en que también la cuestión de la forma, o modo de explotación, ocupa un lugar central, tanto por lo que respecta a los distintos *modos* de producción como al ámbito mismo del proceso capitalista. La cuestión decisiva de la forma de producción del plusvalor relativo, basada en el aumento de la productividad del trabajo, nos pone en contacto con la capacidad que tiene la relación salario-ganancia de recibir el influjo no sólo de la distribución, sino de las mismas condiciones de producción y de explotación.

5. La teoría neorricardiana reduce, pues, la complejidad del análisis de producción y distribución, de magnitud del valor, de sustancia de valor y de forma de valor, y del vínculo que une las formas de producción con las formas de conciencia. Por un lado, presenta, en nuestra opinión, algunas limitaciones analíticas de fondo, mientras que por otro lado abre también nuevos caminos para el análisis de la relación entre las clases y el análisis de la magnitud de los salarios y ganancias. Para una serie de exponentes de la escuela de Cambridge, esta teoría representa el punto de partida de una nueva economía política enfocada a los procesos históricos y sobre todo a la relación de fuerzas entre el capital y el trabajo, gracias a su teoría contractual y "política" del salario. Dobb escribe a este respecto:

La introducción de la contratación colectiva dentro del marco de la teoría constituye por sí misma un elemento de "impureza": el precio de la fuerza de trabajo puede dejar de corresponder a su valor y elevarse a expensas de la tasa de plusvalor. Desde el punto de vista teórico, se debería postular, entonces, una cierta magnitud de plusvalor incluida en el salario como resultado del equilibrio existente entre las fuerzas sociales [...] (véase Hunt-Schwartz, *cit.*)

También Nuti subraya este punto en su interpretación del modelo de Sraffa, cuando escribe: "La relación entre la tasa de salario real y la tasa de ganancia descubierta por Sraffa [...] confirma el conflicto entre capitalistas y trabajadores en lo que se refiere al problema de la distribución del ingreso y da cabida al concepto de lucha de clase en la determinación de las participaciones relativas" (véase Hunt-Schwartz, *cit.*). Otros autores de la escuela de Cambridge consideran el análisis sraffiano del producto neto y de su distribución determinada exógenamente por el poder contractual de los sindicatos como el punto de partida de una nueva economía "política" (Cf. Bhaduri, Harcourt, Nell).

Esta relación directamente inversa entre salario, tasa de explotación y tasa de ganancia no puede introducirse en el sistema de los precios de producción de Marx. En el sistema del valor de Marx, una vez determinada la composición orgánica, la tasa de ganancia es una función lineal de la tasa de plusvalor, aun cuando entre las dos magnitudes no exista una relación lineal dentro del sistema de los precios de producción. Cuando cambian los salarios, cambian también en el sistema de los precios de producción, tanto la tasa de explotación (medida en precios de producción) cuanto la composición orgánica del capital debido al cambio de los precios relativos. Para la teoría marxista, esto constituye un problema sobre el cual ha puesto el acento con razón la crítica neorricardiana. Por otra parte, no es menos criticable la solución propuesta por el sistema de Sraffa. La expresión que, a partir de Sraffa, los neorricardianos de la escuela de Cambridge eligieron para la tasa de explotación —como parte del producto neto— ya había sido criticada por Marx al referirse al sistema económico de Ricardo, porque en dicho sistema se separa la explotación de la esfera de la distribución del producto neto, desaparece el papel que juega la fuerza de trabajo (capital variable) y se prescinde completamente de la forma capitalista de la producción y de los métodos específicos de la producción de plusvalor.

La ventaja de darle una identidad política a la relación distributiva de salarios y ganancias se paga muy cara, ya que la magnitud de salario no sólo recibe el influjo de la distribución y del poder político adquirido en la esfera de la distribución, sino que también es una resultante de las condiciones de producción. La forma capitalista de la producción decide también el marco de la distribución, obligándola a obedecer a las exigencias de la acumulación. La importancia directa que todo esto tiene para el problema de la hegemonía debiera resultar evidente: el conflicto entre capital y trabajo no se desarrolla única o prevalentemente en la esfera distributiva o en el terreno político, sino que afecta las mismas condiciones de producción. Esta vinculación sólo se puede analizar teóricamente, sin embargo, cuando la distribución de ganancias y salarios y la explotación capitalista de los trabajadores no se “distribuyen” en campos teóricos diversos (teoría de la explotación, teoría de la distribución), sino que se reproducen en el mismo contexto de acuerdo con su vinculación interna, tal como había empezado a hacerlo Marx con su teoría del valor.

[“Il valore di Marx”, en *Rinascita*, núm. 21, 26 de marzo de 1978.]

FRANCO CASSANO

LA CRÍTICA, LA ALIENACIÓN Y EL GOBIERNO DE LOS PRODUCTORES

1. Creo oportuno empezar con una afirmación discutible de Lucio Colletti (desarrollada por Giovanni Bedeschi en un artículo de la revista *Mondoperaio*), según la cual “esta teoría una y doble (del valor y de la alienación a la vez) es al mismo tiempo una teoría de la *contradicción dialéctica*”. La afirmación de que la temática de la alienación y del fetichismo es de ascendencia hegeliana es difícil de refutar. En cambio, de ninguna manera se puede estar de acuerdo con la opinión de que la contradicción en Marx se deriva del fetichismo (la teoría de la contradicción y la teoría del fetichismo son una misma cosa), o sea de la oposición entre la esencia humana genérica y la *Trennung*, característica de la sociedad capitalista. Claro está que si se reduce la contradicción que existe en Marx a esta figura, es completamente lógico concluir que “las categorías filosóficas de Marx se derivan más bien de Hegel, teórico por excelencia de la contradicción” (Bedeschi, *op. cit.*, p. 57). ¡Parece estar leyendo el último capítulo de la *Lógica* de Della Volpe, que por alguna razón no se escribió, en el que después de Platón y Hegel, Marx pasa a formar parte del ámbito del misticismo lógico! El planteamiento oculto de toda la obra de Marx se reduce, de hecho, a una imagen clásica del idealismo de una totalidad original que se destruye para después volver a crearse: “Yo considero —afirma Colletti— que en Marx es fundamental, aun antes que en Tönnies, la oposición entre *Gemeinschaft* y *Gesellschaft*. La primera es la sociedad orgánica (la “eticidad” natural de Hegel): unidad *inmediata* del hombre con el hombre y de los hombres con la naturaleza. La segunda es la sociedad dividida, descompuesta en sus elementos, la sociedad del intercambio, del derecho y del estado (el *Aufklärung* de la *Fenomenología*).”

No existe mucha diferencia entre esta interpretación de Marx y la de Popper que ve en Marx la constante prevaricación del profeta en favor del científico, al enemigo de la “sociedad abierta” y a un teórico del totalitarismo moderno. Una vez reducida la contradicción a esta antinomia entre la condición esencial del